

Terciopelo o encaje

Hoy por la mañana me he peleado conmigo misma. Me he dirigido al armario y me ha costado decidir qué vestido usar. He elegido el de terciopelo cuyo largo llega a mis tobillos, las mangas que llegan a mis muñecas y el cuello alto son ideales para cubrir las imperfecciones de mi piel, la tela contiene aplicaciones de chaquiras y canutillos cosidos a mano que le dan un toque brillante a un color tan oscuro como lo es el negro. Pero antes del de terciopelo, me he encontrado el de encaje que utilicé para la graduación de Sofía. Siempre amé ese vestido porque atraía tantas miradas. Me hacía sentir sensual.

Estoy sentada en mi sofá de terciopelo color rojo, del lado derecho está una mesita de vidrio con patas de madera, en ella se encuentra humeando mi cigarro sobre un cenicero color jade con detalles en dorado. A ti te molestaba que yo fumará. El humo ha empañado el cristal del cuadro de mi foto favorita; no dejo de mirarla. Es increíble que ese momento simbolice al menos la mitad de mi vida. A veces daría lo que fuera por volver a ese instante y poder revivir esa etapa de mi juventud. Mientras vuelvo a tomar mi cigarro, me fijo en el anular de la mano izquierda, ¿cómo han pasado los años? Mi sortija dorada se mantiene igual, pero los pliegues pronunciados en la piel de mis dedos, me delatan.

Tomo la foto y acaricio nuestros rostros, la piel se me eriza, mi corazón palpita muy fuerte. Siento que la ternura y la felicidad vuelven a mí. Creí que sería el momento más feliz de mi vida. Tú tan guapo y yo tan hermosa. La belleza es delirante y acompañada de la juventud se convierten en una peligrosa combinación. La adrenalina de que nuestros padres nos cacharan consumando nuestro amor antes del matrimonio, era la mejor de las lujurias. Me sentía toda una princesa con mi vestido blanco. Y pensar que mientras caminaba al altar llevaba en mi vientre a Sebastián. Nuestras miradas eran cómplices porque ambos sabíamos que habíamos caído en la tentación, que a los ojos de Dios era pecado, pero, ¿qué más da? Ahora mismo me cuestiono quién es ese “señor” al que tanto le rezamos desde niños hasta el final de nuestros días, aquel que determina dónde empieza y dónde

termina nuestro primer y último suspiro y, si existe, por qué a veces se ensaña con nosotros y nos mantiene en el sufrimiento.

Un día nuestra concepción del verdadero amor tomó otro sentido: Sebas había llegado a este mundo. Los dos éramos muy inexpertos, pero eso no importaba porque le teníamos un inmenso amor incondicional. Desde entonces no volvimos a dormir igual. Ser padres viene acompañado de la palabra “preocupación”; primero, porque ese pequeñito ser no dejaba de llorar. Después, cuando ya era todo un adulto, seguíamos pendientes de cada decisión que tomaba. A tres años de que naciera nuestro querido Sebas llegó otro angelito: mi Sofi. Una vez más experimentamos una enorme felicidad, había llegado una nena tan tierna, tan risueña, con los ojitos más alegres que jamás hayamos visto.

Los recuerdos regresan a mi memoria, una profunda melancolía me invade. Los ojos se me llenan de lágrimas y me he soltado a llorar. Qué curioso, nunca pensé en la implicación del famoso “hasta que la muerte nos separe”. Nada nos hacía más felices que unir nuestras vidas para siempre. Nos “sentíamos” tan dichosos, pero cada día que pasaba veía como tu expresión ya no era la misma al verme. Me veías con desgano y desinterés, ¿qué pasaba? Quise sorprenderte y tu asistente me dijo que habías salido a cenar con tu esposa. No pude evitar el encararte esa misma noche al llegar a casa. ¿Quién es esa? ¿Por qué dices que es tu esposa? ¿Cuánto tiempo llevas engañándome? ¿Por qué no soy suficiente para ti? Ese fue el comienzo de mi caída al más profundo abismo.

Tu “esposa” era una mujer muy radiante y vestía con ropa provocativa. A pesar de la infidelidad seguía tan enamorada de ti que se me ocurrió ir de compras, pintarme el cabello y vestir más atractiva. Encargué a los niños con mi mamá y te esperé acostada justo en este sofá, luciendo una lencería color rojo. Quería reconquistarte, pero lo único que conseguí fue que te diera un arranque de celos.

—¿Tienes a otro, verdad? ¿Estás esperando a tu amante? Nunca te habías vestido así para mí— me dijiste en un tono muy agresivo.

Lo que quería que fuera una noche de reconciliación y pasión, terminó siendo una noche llena de horror. Así transcurrieron los meses y luego los años, yo ya no podía vestir a mi gusto, elegías mi ropa, incluso mi calzado. Cuando el dinero empezó a escasear, yo preocupada por mis hijos, te propuse conseguir un empleo. Ya no eras el hombre del que me enamoré. Tus celos habían apagado mi alegría, lo único que recibía de ti eran golpes.

Mis manos las empuño y la rabia hace que hierva mi sangre al recordar el día en que me cacheteaste delante de mi hija, diciéndole que era tu forma de demostrarme tu amor. Furia era lo único que sentía por ti, deseaba tanto que te murieras. En esos días quería dejarte y muchas veces lo intenté. El miedo a lo que dijeran de mí y el pánico de que le hicieras algo a mis hijos pudo más que el dolor y sufrimiento que me causabas.

—Mamá, ya en 10 minutos nos vamos— se acerca Sebastián y me da un abrazo largo. —Por favor suelta ese cigarro, ¿por qué lo haces si tú no fumas? — el cenicero ya contiene varias colillas.

Ayer, al entrar a tu habitación, hallé tu cuerpo inerte, me dijeron los médicos que fue un paro cardíaco. Confieso que desde entonces he llorado varias horas. No me siento orgullosa, porque cuando me golpeaste juré que nunca más me sacarías una lágrima. No lo entiendo, ha sido inevitable. Algo me arrancaron desde las entrañas de mi cuerpo. Siento tanto odio. Mientras estaba enamorada nunca desee que sucediera esto. Cuando te volviste un ser tan despreciable, deseaba que llegara este día pronto. Ahora que ha llegado no se siente tan bien. ¿Qué es la vida? ¿Venir a amar o a sufrir? ¿Acaso la felicidad es inherente al sufrimiento? No lo puedo comprender, tanto daño que me hiciste. Siento que esto no puede terminar así.

Antonio, hoy no le lloró a la persona que acaba de fallecer, este día no es el funeral del amor de mi vida porque él murió en el instante que me puso la mano encima. Hoy no es día de muerte sino de mi renacimiento, soy una mujer que murió víctima de la monotonía y el machismo, pero acabo darme cuenta que por fin soy libre, ahora podré ser yo misma y los años que me queden de vida intentaré ser muy feliz,

disfrutando a mis nietos y aconsejando a mi hija para que tomé la fuerza y el valor que yo no tuve contigo para dejarte.

—¡Mamá! ¿Ya estás lista? — mi hija Sofi me llama desde el patio.

—Dame un momento que quiero cambiarme de ropa— le contesto y voy hacia la habitación.

Pensándolo bien, este vestido de terciopelo lo escogí porque me imaginé qué te hubiera gustado que usaré este día, porque era el que a mi parecer me hubieras dejado utilizar, pero ya no estás más aquí, ya no tomas más las decisiones por mí, así que regresaré por el vestido cuyo escote hace que mis atributos luzcan, pues después de todo el tiempo ha sido generoso conmigo y aún conservo algunos encantos. Seré la mujer que siempre quise ser con mi vestido de encaje.

Por Moteasvis